

## BUSCANDO A LOS PASTORES \*

por

Joaquín Gómez Pantoja \*\*

**Resumen:** Una de las asunciones típicas de la discusión de la situación de la Península Ibérica en época romana es el alto valor económico de las actividades ganaderas, en gran medida asociadas a prácticas transhumantes o semi-nómadas. El origen de esta concepción descansa mayormente en las condiciones impuestas por la singular climatología peninsular y por la extensión al pasado de prácticas que se nos aparecen muy arcaicas. El uso histórico de esta creencia ha sido considerable, no sólo por el hecho en sí sino por cuanto el constante movimiento de gentes que lleva aparejado el fenómeno es susceptible de generar interesantes transacciones étnicas y comerciales.

Sin embargo, cuando se cuestiona el axioma de que el clima fuerza necesariamente a sostener el ganado con migraciones estacionales a gran distancia, el resultado es que no existen pruebas directas ni testimonios materiales que avalen la existencia y la antigüedad de la industria transhumante.

Esta comunicación aborda ese problema y examina si la real carencia de testimonios directos de debe a que efectivamente, la Península Ibérica no conoció en la Antigüedad esta forma de ganadería, o a que la sociedad pastoril es, por las especiales características de su cultura material y modos de vida, invisible a la investigación histórica habitual.

**Palabras-clave:** Pastoralismo. Economía antigua. Hispania romana.

Comienzo con dos pasajes tomados de sendos historiadores de reputación:

*“Satis adhuc in uastis Lusitaniae Celtiberiaeque montibus pecora consecrando nulum emolumentum tot laborum periculorumque uestrorum uidistis.”*

“La ganadería fue la principal fuente de riqueza de la Hispania prerromana y continuó siendo, durante la República y comienzo del Imperio, la base de alimentación y vida económica de los indígenas. Imprimió su sello a la

---

\* Este trabajo se ha realizado en el marco del Proyecto de Investigación PB 90—289: *Exploración, conquista e imagen del mundo bárbaro por el grecorromano*, financiado por la Dirección General de Investigación Científica y Técnica de la Secretaría de Estado de Universidades. Igualmente, he de agradecer a Apple Computer de España una subvención otorgada en 1991 para estudiar las trazas del antiguo pastoreo.

\*\* Universidad de Alcalá de Henares.

estructura social y territorial, a los regímenes de economía y trabajo, y tuvo positiva influencia en las formas de vida, como ha escrito C. Viñas. El carácter pastoril de la gran mayoría de las poblaciones indígenas de Hispania, a final de la República, queda claro en las fuentes literarias, arqueológicas y numismáticas. Incluso en regiones donde la agricultura era muy floreciente, como en Turdetania, la abundancia de ganado de toda clase era enorme”.

El autor del primer pasaje es Livio (xxi 43.8-9) y corresponde a la arenga de Anibal a los soldados hispanos que le acompañaban en vísperas de su memorable jornada itálica; el argumento del gran cartaginés es que el botín que arranquen por las armas de Roma y sus aliados compensará sobradamente las privaciones seculares — *labores, pericula* — padecidas en Hispania; no hay necesidad de especificar cuáles eran esos padecimientos, porque la mención al ganado sobra para indicar al lector que la mayor parte de Hispania era una tierra de clima extremado y poco apta para la agricultura, una descripción en la que coinciden otros escritores antiguos<sup>1</sup>. Estas líneas han sido frecuentemente invocadas como evidencia de que el pastoreo era el modo de vida imperante en gran parte de la Península a fines del siglo III antes de Jc<sup>2</sup>.

El otro texto está entresacado de la extensa obra de un autor contemporáneo, cuyo magisterio ha beneficiado a muchos<sup>3</sup>, y lo he elegido por ser una buena muestra de la extendida opinión — basada mayormente en la literatura clásica — que hace de la Península ibérica un mundo pastoril; así, la sorpresa sobre la abundancia de ganados en la Turdetania debe entenderse en el contexto de la creencia antigua de que las actividades pastoriles y agrícolas eran mutuamente excluyentes<sup>4</sup>. Además, la cita también es llamativa por su carácter apodíctico; nótese cómo no parece haber necesidad de sustentar con pruebas lo dicho, quizá porque se considera palmaria la evidencia disponible, o al menos eso parece indicar el uso sistemático del modo indicativo. Sin embargo, la cita no es un mero trasunto de las noticias antiguas, en la medida en que lo que para Livio y sus colegas era un forma de mal vivir, para Blázquez es “la principal fuente de rique-

<sup>1</sup> Str. iii, 1.2 (C 137); 4.13 (C 163); nótese que en el *laus Hispaniae* pliniano (NH xxxvii,77. 203), una parte de la Península es descrita como *squalida*, cf. con el *horrida* de Val. Max. ix, 1.5. Las cualidades tópicas de la tierra podían también atribuirse a sus nativos, como sucede en el caso del ilustre *rhetor* M. Porcio Ladrón, que es calificado *deagrestis.*, sin duda un ingenioso juego de palabras sobre su origen hispano (Sen., *Controv.* i, *praef.* 16).

<sup>2</sup> Vid. J. Caro Baroja, *Los pueblos de España* (Madrid 1975) 155; J.M. Blázquez, *Historia económica de la Hispania romana* (Madrid 1978) 49; M. Salinas de Frías, *Conquista y romanización de la Celtiberia* (Soria 1986) 101.

<sup>3</sup> J.M. Blázquez, *La Romanización*, vol. ii (Madrid 1975), 126

<sup>4</sup> Cf. Varr., *RR* ii, 10.4 sobre el aparente disgusto de bástulos y turdetanos por las artes pastoriles.

za”, una afirmación presuntamente basada en datos arqueológicos y numismáticos tratados según las normas que gobiernan la investigación histórica actual.

En su cita, Blázquez notaba que la ganadería “imprimió su sello a la estructura social y territorial, a los regímenes de economía y trabajo, y tuvo positiva influencia en las formas de vida”. Parece, pues, capital delimitar cuál fue el ámbito de lo pastoril en la Hispania romana y cuál su importancia social y económica. Indudablemente, si las actividades ganaderas constituyeron la forma económica “nativa” — entendiéndolo por ello la más tradicional y ecológicamente más rentable — de las tierras peninsulares, este hecho resulta vital para entender, entre otras cosas, la génesis de determinados tipos de paisaje, la distribución del habitat y el trazado de la red viaria. Además, el modo en que se afronta la cría del ganado tiene importantes repercusiones en la estrategia agrícola; los animales proporcionan trabajo, abono, alternativas alimenticias y una fuente de capital que puede ser crucial en la elección de un cultivo u otro, en la intensidad del mismo, en la productividad y, en última instancia, en la capacidad del agro antiguo para generar la riqueza necesaria que mantenía la porción de la sociedad más visible históricamente pero que productivamente “parasitaba” al resto.

A la vista de la unánime conclusión a la que arriban dos autores separados por casi veinte siglos, muchos pensarán con razón que el tema está agotado y que difícilmente puede decirse algo nuevo al respecto. Otros, en cambio, quizá más malévolos, argüirán que lo anterior sólo muestra la inadecuación y parcialidad de las fuentes antiguas en todo lo que no sea la narración de *rerum gestarum* y nuestra incapacidad para ir más allá de ellas: la repetición de las mismas vaguedades durante dos mil años no las hace más verdaderas.

Tal deficiencia justifica por qué la discusión de cualquier aspecto de la Economía antigua equivale con frecuencia a un *casus belli*. A tenor de la experiencia de sociedades con un grado de desarrollo supuestamente parecido al de época romana y del sentido común, resulta fácil aceptar que la mayor parte de la población de Hispania — como sucedía en el resto del Imperio —<sup>5</sup> arrancaba un vivir del cultivo de la tierra y del cuidado del ganado. Las disputas surgen de los matices y del énfasis que cada uno quiera darles: el alcance de la subsistencia, el monto del superavit generado por el campo, el papel del comercio y la inversión especulativa en el sistema, así como las consecuencias sociales, culturales y de *status* derivadas de cada uno de los aspectos anteriores<sup>6</sup>.

<sup>5</sup> Además de las conocidas y muy citadas monografía de M.I. Finley, *The Ancient Economy* (Londres 1985<sup>3</sup>); A.H.M. Jones, *The Roman Economy: Studies in Ancient Economic and Administrative History* (Oxford 1974); P. Garnsey y R. Saller, *The Roman Empire: Economy, Society and Culture* (Berkeley 1987), nótese

<sup>6</sup> K. Hopkins, “Introduction” en P. Garnsey, K. Hopkins y C.R. Whittaker, *Trade in the Ancient Economy* (Berkeley 1983) ix-xiv.

Por desgracia, las implicaciones económicas de la agricultura de época romana resultan especialmente difíciles de conceptualizar; parte del engaño reside en que ciertos aspectos — sean los casos específicamente alusivos a Iberia o los otros que se aplican a ella de modo traslaticio — están muy bien documentados en las fuentes literarias; igualmente, hay un caudal de información arqueológica y epigráfica: vestigios de viejas *limitationes*, aperos y material agrícola, planos de explotaciones rurales, abundantes restos de los envases empleados en el comercio del vino, el aceite y el trigo, análisis de huesos de animales domésticos y de semillas cultivadas. Sin embargo, debe notarse que esta evidencia es menos ilustrativa de lo que parece, casi siempre ambigua y la experiencia ha mostrado cuán peligrosa puede resultar la extrapolación generalizada de cualquiera de esos datos, sea evidencia arqueológica o la información suplida por un autor antiguo. Considérese, por ejemplo, el caso de las estampillas de las ánforas donde viajaba a otros puntos del Imperio el aceite, el vino y el trigo peninsular: el estudio de la distribución geográfica permite conocer los centros de producción, los de consumo y las fechas aproximadas en que estuvieron en alza los diferentes mercados; pero a nadie se le escapa que esta *Inscribed Economy* refleja precisamente lo que no era práctica ordinaria<sup>7</sup>. Las producciones mencionadas requerían unas condiciones edáficas, climáticas y humanas que sólo se daban en algunos lugares excepcionales y eran tan especulativas que los desembolsos necesarios para ponerlas en marcha, distribuir las y resistir las fluctuaciones del mercado las ponían fuera del alcance de la mayor parte de los agricultores. Como a menudo sucede en la mayoría de los campos, estamos mejor informados sobre los aspectos extraordinarios y anormales de la Antigüedad que sobre lo que era la práctica habitual diaria: si “lo cotidiano son las pequeñas cosas que apenas tienen relevancia en el tiempo y en el espacio”, los estudiosos de la Antigüedad raramente sabemos cómo recuperar esa parcela para el dominio de la Historia<sup>8</sup>.

En este panorama, resulta notabilísimo constatar la infrecuencia con que — en Hispania y en el resto del Imperio — se han tratado los temas relativos al pastoreo. Fuera de la generalidades al estilo de las citadas al principio, el análisis de la ganadería romana ocupa una parte minúscula en cualquier obra

---

<sup>7</sup> Me sirvo del afortunado título de un libro reciente (W. Harris (ed.), *The Inscribed Economy* (Ann Arbor 1993)) donde se presentan las contribuciones a un coloquio sobre el valor documental de los *instrumenta domestica* para el estudio de la economía romana. Nótese, por otro lado, cómo cambiaría un tema relativamente bien conocido (el comercio vinario) si se admite — como parece probable — que las ánforas no eran el único envase sino que una parte se transportaba en barricas de madera (*ibid.* p. 28 nota 122).

<sup>8</sup> F. Braudel, *Civilization and capitalism (15th-18th century)*, i: *the structures of everyday life: the limits of the possible* (Londres 1981), 29.

consagrada a la agricultura antigua y son contados los tratamientos monográficos<sup>9</sup>; inconscientemente, los especialistas modernos siguen el modelo establecido por Catón, Columella y otros *scriptores rei rusticae*<sup>10</sup>. Sin embargo la reluctancia a enfrentarse con las implicaciones sociales y económicas de la granjería pastoril deriva más de nuestra forma de *faire de l'Historie* que de la sumisión a las reglas de un género literario. El ámbito común de los pastores es la montaña, un apto símbolo de la marginalidad social y geográfica, pero es conocida la propensión de los historiadores a quedarse en las ciudades, ya que no en vano eran — y siguen siendo — los lugares de la “movida” donde todo parece suceder. Alejarse de los sitios de moda donde actúan las *prima donne* y penetrar en las fragosidades adyacentes significa entendiérselas con lugares mal comunicados, subyugados por la Naturaleza y cuyos pocos habitantes eran “pueblos en la sombra”, siervos de la *no-historia*: aparte de su proverbial desaliño, zafiedad y hedor, hablaban dialectos incomprensibles, practicaban raramente la escritura y tenían la mala costumbre de vivir “sin que nunca pase nada”<sup>11</sup>.

Hace cincuenta años Braudel mostró magistralmente como el historiador debe vencer sus reparos e internarse en “las tierras pobres del Mediterráneo, sus reservas de proletarios”<sup>12</sup>. Traigo esto a colación para recordar que si bien los

---

<sup>9</sup> Tómese, por ejemplo, el popular K. D. White, *Roman Farming* (Londres 1970), que dedica a la ganadería apenas 60 páginas (272-331), en un libro que supera las 500. Desde otro punto de vista algo burdo, cf. la bibliografía sobre cuestiones ganaderas reunida por K.D. White, *A Bibliography of Roman Agriculture* (Reading 1970), 47-50 con las escasas adiciones aportadas por D. Flach (ed.) *Bibliographie zur römischen Agrargeschichte* (Paderborn 1991), 90-93. Desgraciadamente, el tiempo no hace sino poner en mayor evidencia los defectos y carencias de la monografía clásica de O. Keller, *Die Antike Tierwelt* (Liepzig 1909-13; reimpresso 1980): tratamiento desequilibrado de las diversas especies animales y debilidad en el análisis del aprovechamiento económico de los animales. V. Hehn, *Kulturpflanzen und Haustiere* (Darmstadt 1963<sup>9</sup>) es especialmente valioso por el recuento de fuentes sobre el origen y localización de cultivos y animales domésticos en la Antigüedad, pero no tiene en cuenta otra documentación más que la literaria. Vid. también la útil, si bien general, obra de J.M.C. Toynbee, *Animals in Roman Life and Art* (Londres 1973).

<sup>10</sup> Una práctica que no deja de sorprender y que, por tanto, precisa de explicación, especialmente si se considera que Varrón rompe claramente la regla, vid. P. Sáez, “El lugar de la ganadería en los tratados de agricultura de época romano-republicana: el *De agri cultura* de M. Porcio Catón”, *Ktèma* 12 (1987), 257-69, con referencias a otra bibliografía.

<sup>11</sup> Una magnífica caracterización del pastor es el retrato de Lícidas según Theoc. *Id.* vii, 13-19. Llamo la atención sobre dos pasajes que me parecen especialmente ilustrativos de la marginación y diferenciación social de los pastores: el primero es Liv. x,4.7 y ss., relativo al dialecto montañoses; el segundo episodio se refiere al asesinato del pretor L. Cornelio Piso, *leg. iud. p.H.C.* en el año 25 (Tac. *Ann.* iv, 45; vid. G. Alföldy, *Fasti Hispanienses* (Wiesbaden 1969) 67) a manos de *quodam agrestis nationis Termestinae*.

<sup>12</sup> F. Braudel, *La Méditerranée et le Monde Monde Méditerranéen à l'Epoque de Philippe II* (París 1966<sup>2</sup>), vol. i, 30 y ss.

estudios actuales hacen tímidos esfuerzos en tal dirección<sup>13</sup>, esa no fue precisamente la actitud de los autores clásicos, que preferían rehuir la montaña o todo lo más, hablaban de oídas de ella y de sus ocupantes; no me refiero aquí específicamente a la frecuencia con que nuestras “autoridades” recurren a relatos de cuarta o quinta mano cuando tratan la materia (aunque también sea un factor que debe tenerse en cuenta), sino a sus fuertes prejuicios contra las áreas marginales y contre quienes las habitaban<sup>14</sup>.

El *locus classicus* que ejemplifica esta actitud es el famoso y repetido pasaje de Estrabón describiendo las formas de vida de lusitanos, celtíberos “y de las tribus que ocupan el lado septentrional de Iberia” (iii 3,7 (C 155) y donde la observación crítica de los aspectos morales (sobriedad, comportamiento con criminales y enfermos, costumbres de las mujeres) está íntimamente mezclada con los datos que hoy tendríamos como etnológicos: hábitos alimenticios e higiénicos, vestido, diversión...etc<sup>15</sup>. La única forma de vida posible es la pastoría y en la génesis de este lugar común intervino, a no dudar, otra cualidad de los habitantes de Hispania que fue proverbial en la Antigüedad, a saber, su valor militar<sup>16</sup>. Pastoría y belicosidad eran entendidas como dos caras de la misma moneda y si los hispanos resultaban magníficos soldados, se debía a que eran pastores, es decir, no agricultores, lo que indudablemente ocurría porque su país era pobre e inhospito; esta circunstancia les obligaba a buscar fama y riqueza en el latrocinio y la guerra y de ahí, su indisposición hacia el cultivo de la tierra y la preferencia por el pastoreo. Este razonamiento circular, basado

---

<sup>13</sup> Vid. L. Pauli, *Die Alpen in Frühzeit und Mittelalter. Die archäologische Entdeckung einer Kulturlandschaft* (Berna 1980); A. Giardina, *Allevamento ed economia della selva in Italia Meridionale: trasformazioni e continuità* (Bari 1981); C.R. Whittaker (ed.), *Pastoral Economies in Classical Antiquity* (Cambridge 1988); J. Sasel, “La montagna romana: problemi e metodi della ricerca” en G. Susini (ed.), *Sestinum: comunità antiche dell’Appennino tra Etruria e Adriatico* (Rimini 1989) 211-8; *Peuplement et exploitation du milieu Alpin: Antiquité et Haut Moyen Age* (Caesarodunum XXV, Turín 1991); Ph. Leveau, “L’Occupation du sol dans le Montagnes méditerranéennes pendant l’Antiquité: apport de l’archéologie des paysages a la connaissance historique”, en G. Fabré (ed.), *La montagne dans l’antiquité. Actes du colloque de la Société des Professeurs d’Histoire Ancienne de l’Université* (Pau 1990) p. 5-29. Son también dignas de notar las contribuciones de E. Gabba, “La transumanza nell’Italia romana. Evidenze e problemi; qualche prospettiva per l’età altomedievale” y C. Wickham, “Pastoralism and Underdevelopment in Early Middle Ages” en la *XXXI Settimane di Spoleto: L’Uomo di fronte al mondo animale nell’Alto Medioevo*, vol. i (Espoleto 1985), 373-89 y 401-51, respectivamente.

<sup>14</sup> L. Friedländer, *Darstellung aus der Sittengeschichte Roms* i<sup>10</sup> (1922), 482 y iv<sup>9</sup> i<sup>10</sup> (1922) 142; A. Lovejoy—O. Boas, *Primitivism and related ideas in Antiquity* (Baltimore 1935), 7-19. 287-367.

<sup>15</sup> Str. iii, 3.5-6 (C 153-5); cf. Diod. v, 33; Cat. xxxvii, 18-20.

<sup>16</sup> Por ejemplo, Flor. *Epit.* 1, 22.38: *bellatricem illam, uiris armisque nobilem Hispaniam, illam seminarium hostilis exercitus.*

en presupuestos etnológicos bien conocidos<sup>17</sup>, puede iniciarse por cualquiera de sus elementos: el orden nunca afectó al resultado final<sup>18</sup>. Nada ilustra mejor el tópico que el resumido *curriculum vitae* de Viriato que nos ofrece una fuente antigua: *ex venatore, pastor; ex pastore, latro*<sup>19</sup>.

Sin embargo, los rasgos anteriores no son exclusivos de las poblaciones hispanas “de nombres menos bellos e ignorados”; ni siquiera son consecuencia de la particular xenofobia de Estrabón o cualquier otro autor clásico, sino que forman parte de la imagen que los habitantes de las *poleis* mediterráneas se forjaron de aquellos pueblos que, por primitivismo, pobreza u otras razones, mantenían formas de vida diferentes a las “civilizadas”, y empleo este término en su pleno sentido etimológico. Salvo algunas particularidades idiosincráticas, cada elemento de la descripción estraboniana se repite en los perfiles que otros autores clásicos ofrecen, por ejemplo, de los germanos, escitas, nómadas y hunos<sup>20</sup>. Por todo ello me parece ocioso discutir siquiera la historicidad del pasaje del historiador patavino que abría estas páginas. El fragmento procede de un discurso y dados los manierismos y las licencias del género histórico antiguo, seguramente se trata de otro ejemplo del legítimo artificio retórico que permitía poner en boca del protagonista las ideas y palabras que se consideraban apropiadas para una situación determinada<sup>21</sup>. En el caso que nos ocupa, la artificiosidad queda patente cuando se considera que Livio sitúa la arenga de Aníbal, y otra del oponente romano de turno, justo antes de la batalla del Ticino (xxi 43-44), es decir, al inicio del *bellum hannibalicum*; dos alocuciones similares, esta vez de Aníbal y Escipión Africano (xxx 30-31), preceden al relato de la batalla de

<sup>17</sup> Varr., *R.R.* ii praef. 3-5; Arist. *Pol* 1256a 40-1256b 1-7; vid., “Aristóteles descubre la Economía”, en K. Polanyi, C.M. Arensberg, H.W. Pearson, *Comercio y mercado en los Imperios antiguos* (Madrid 1974) 111-41.

<sup>18</sup> Str. iv 1.5; vid. F. Hartog, *Le miroir d'Hérodote. Essai sur la représentation de l'autre* (Paris 1980) 35-78; B.D. Shaw, “‘Eaters of Flesh, Drinkers of Milk’. The Ancient Mediterranean Ideology of the Pastoral Nomad”, *AncSoc* 13-14 (1982-3), 5-31; P. Thollard, *Barbarie et Civilisation chez Strabon* (Paris 1987), 7-19.

<sup>19</sup> Liv., *Per.* 52; B.D. Shaw, “Bandits in the Roman Empire”, *Past & Present* 105 (1984), 3-52.

<sup>20</sup> Germanos: Tac., *Germ.* v, xiv, xxiii, xxvi. Escitas: Hdt. iv 2.2, 19-20; Str. xi, 8.7 (C 513). Nómadas: Hdt iv 181, 186-8; Sall., *Iug.* 17-19. Hunos: Amm. Marc. xxxi 2. Vid. A.N. Sherwin-White, *Racial Prejudice in Imperial Rome* (Cambridge 1967), 1-13; J.P.V.D. Balsdon, *Roman and Aliens* (Londres 1979), 59-71; F. Hartog, “Les Scythes imaginaires: espace et nomadisme”, *Annales (ESC)* 34 (1979), 1137-54; P. Troussset, “L’image du nomade saharien dans l’historiographie antique”, *Production pastorale et société* 11 (1980) 97-105; menos interesante a nuestros efectos, A. Lusi, “Nomádes e Numidae. Caratterizzazione etnica di un popolo” en M. Sordi (ed.), *Conoscenze etniche e rapporti di convivenza nell’antichità* (Milán 1979) 57-64

<sup>21</sup> Cf. Tuc. i, 22 y Diod. xx, 1-2.2; sobre la veracidad histórica y el uso de los discursos en la narración histórica antigua, vid. C. Fornara, *The Nature of History in Ancient Greece and Roma* (Berkeley 1983) 142-68.

Zama que, como todos sabemos, marca el desenlace de la Segunda guerra púnica<sup>22</sup>. Por lo tanto, las palabras supuestamente pronunciadas por el gran Bárcida no tienen otra validez histórica que manifestar la idea tópica que un romano bien informado tenía del interior de la Península ibérica y de sus habitantes y pone de manifiesto, al menos así lo creo, el cuidado con que debe manejarse la evidencia de las autoridades clásicas en cuestiones relacionadas con el pastoreo peninsular. Pero si prescindimos de ellas ¿qué nos queda? ¿debe rechazarse por infundada la *communis opinio* tan aptamente reflejada por Blázquez?

Evidentemente, el pastoralismo es una actividad más invisible para la Historia que la propia agricultura: muchas de sus transacciones se han venido realizando sin necesidad de instrumentos documentales y la zafiedad e incultura de los pastores los sitúa habitualmente en el dominio anepigráfico<sup>23</sup>. Incluso cuando sus prácticas han merecido la atención del legislador, la mayor proporción de regulaciones “pastoriles” frente a las “agrícolas” no debe tomarse como indicación del predominio de la ganadería sobre el labrantío: simplemente es una muestra de que la granjería animal es una práctica conflictiva<sup>24</sup>. Desde el punto de vista arqueológico, la situación tampoco es mejor: los enseres pastoriles suelen estar hechos de materiales perecederos, la escasez de recursos no incita al atesoramiento y la marginación social de zagales y gañanes impide que sus manufacturas raramente atraigan la atención: nada tiene de extraño que se haya preguntado sin no se trata de una cultura “invisible”<sup>25</sup>. Y a pesar de lo afirmado por Blázquez, no alcanzo a entender como la evidencia numismática es relevante en esta cuestión: si la presencia de animales en los tipos monetarios indica una inclinación pastoril, *Nemausus* (hoy Nîmes) debió de ser el primer lugar del mundo donde se practicó la granjería del cocodrilo.

Pero volviendo al tópico del pastoreo en Hispania, lo característico de un lugar común no es su falsedad sino su vulgaridad y por lo tanto, su inadecuación

<sup>22</sup> T.J. Luce, *Livy. The Composition of His History* (Princeton 1977) 27

<sup>23</sup> Algo que, al menos para el profano, merece explicación es la aparente disimetría entre el ámbito epigráfico griego y el latino: en el primero son corrientes las dedicatorias de pastores (vid. L. Robert, “Epithaphe d’un berger à Thasos”, *Hellenica* 7 (1949), 152-60; C. Brixhe-E. Gibson, *Kadmos* 21 (1982), 130-169 (=SEG xxxii 1291-1301); A.J.M. Weiler, “Herders en kudden in Griekse inscripties”, *Lampas* 20 (1987), 16-22), mientras que en el Occidente es una práctica mucho más excepcional (*CIL* xiii 7070 y G. Salmieri, “Un *magister ovium* di Domizia Longina in Sicilia”, *ASNP* 14 (1984), 13-23)

<sup>24</sup> C. Wickham, *art. cit. supra* (nota 13), 413. A este respecto nótese el intencionado comentario de Cicerón, *pro Cluent.* 161: *Cum quaedam in callibus*, ut solet, *controversia pastorum esset orta* (el énfasis es mío).

<sup>25</sup> R. Cribbs, *Nomads in Archeology* (Cambridge 1990), 65-83, esp. 65-68; desde otra perspectiva, cf. D. P. Kehoe, “Pastoralism and agriculture”, *JRA* 3 (1991), 386-7. Las dificultades quedan patentes cuando se tienen en cuenta los esfuerzos de D. Moreno, *Dal documento al terreno. Storia e archeologia dei sistemi agro-silvo-pastorali* (Bologna 1990) para retrazar los vestigios del pastoreo en los montes ligures en ¡los siglos XVI-XIX!



como base para cualquier análisis económico y social. Por ello, la verdadera *crux* del problema no es tanto la existencia de pastoralismo en Hispania — el sentido común y otra evidencia así lo indican —<sup>26</sup>, cuanto la conceptualización y extensión de esas prácticas. De nuevo chocamos con la deficiente comprensión de los autores antiguos que, cegados por una radical antítesis labrador — gañán, fueron incapaces de distinguir entre las clases de pastoría y notar que no todas ellas son incompatibles con la agricultura: las diversas formas de nomadismo, la ganadería no especializada y la trashumancia, por citar los tipos que, según el análisis geográfico, son de aplicación a las condiciones imaginables en el mundo Antiguo<sup>27</sup>. La historia de los pastores nómadas que los romanos pudieron encontrar en la Península ibérica es, me temo, irrecuperable y, como sucede con muchos grupos marginales, se conocen mejor las opiniones que las sociedades civilizadas tenían sobre ellos que su real modo de vida<sup>28</sup>; en cualquier caso, este estudio parece más competencia del prehistoriador que del clasicista.

Mayor optimismo cabe respecto a la ganadería practicada en el *fundus* y complementaria de la agricultura. Las técnicas arqueológicas puestas a punto en los últimos años — fotografía aérea, prospección sistemática de regiones enteras — y una mayor atención de los excavadores a la *pars rustica* de las *villae*<sup>29</sup>, ha permitido comprobar que la granjería animal coexistió frecuentemente con la labranza y que la densidad de establecimientos agrícolas en una región determinada en absoluto indica la existencia de *latifundia*. Todo lo cual parece coherente con los datos de los *scriptores rerum rusticarum* y con la concepción “primitivista” de la economía antigua que ahora está en voga y que acentúa el carácter de

---

<sup>26</sup> Nótese que aquí, basándose en los presupuestos de la vigente concepción “primitivista” de la economía antigua y en la evidente importancia del grano en la dieta clásica, que podía llegar a proporcionar 3/4 partes de las necesidades calóricas cotidianas (L. Foxhall—H.A. Forbes, “*Sitometreia: The Rôle of Grain as a Staple Food in Classical Antiquity*”, *Chiron* 12 (1982), 41-90) cabe adoptar una postura que radical que niega tanto la existencia de un nivel económico distinto a la mera subsistencia incluso en ciudades, como la necesidad de producciones animales en la economía antigua (W. Jongman, *The Economy and Society in Pompey* (Amsterdam 1988) 184-90) y “Adding it up”, en C. R. Whittaker (ed.), *cit. supra* (nota 13), 210-2), pero ambas suposiciones han estado sujetas a fuertes críticas (cf. B.W. Friar, *JRA* 4 (1991) 243-7 y D. Kehoe, *art. cit. supra* (nota 25) p. 387).

<sup>27</sup> X. de Planhol, “Nomades et pasteurs”, *Rev. géogr. de l'Est* 1 (1961), 291-310; 2 (1962), 295-318; 3 (1963), 269-98. D. Johnson, *The Nature of Nomadism* (Chicago, 1969); cf. M. Corbier, “Intervention”, en C.R. Whittaker, *cit. supra* (nota 13), 216-8.

<sup>28</sup> Vid. *supra* en nota 18 los trabajos de P. Troussel y B. Shaw.

<sup>29</sup> R. Agache, *La Somme pré-romaine et romaine* (Amiens 1978); G. Barker—J. Lloyd (ed.), *Roman Landscapes. Archaeological Survey in the Mediterranean Region* (Londres 1991), con referencia a las más recientes prospecciones en Italia y en otros lugares del Mediterráneo; como ejemplo de excavación “total”, A. Carandini—A. Ricci, *Settefinestre: una Villa Schiavistica nell'Etruria romana* (Modena 1985).

subsistencia de la actividad agrícola<sup>30</sup>. Aunque es de suponer que la aplicación a otras regiones de la Península Ibérica de estudios como los de Ponsich o los de Keay y sus colaboradores<sup>31</sup> permitan en un futuro próximo alcanzar una estimación de su volumen e importancia económica, me parece que esta práctica, lejos de poseer los rasgos pastoralistas a los que se viene aludiendo, puede ser entendida como su antítesis y, como tal, dejarla de lado en nuestra discusión. La confusión de los antiguos es crítica en el caso de la trashumancia, que es una forma muy especializada de pastoreo practicada por culturas sedentarias y cuya más destacada característica es la migración regular del ganado entre pastos estacionales, a veces distantes entre sí muchos cientos de kilómetros. Se trata pues, de un pastoreo propio de diversas especies animales, pero la más característica es la ovina y su finalidad económica primordial es el aprovechamiento de la lana. Todo lo cual, dicho en este país, puede sonar a perogrullada, pues no en vano ir a extremos ha sido una actividad casi connatural para nuestra gente. Pero es importante resaltar que aunque, funcionalmente, nomadismo y trashumancia son prácticas similares, que envuelven el desplazamiento de ganados y pastores; pero hay diferencias esenciales: en la primera, toda la población sigue al rebaño; en la segunda, sólo los pastores por lo tanto, lejos de ser la actividad de quienes estaban a caballo entre el nomadismo y la vida sedentaria — como creía la etnología clásica —, la vida cañariega constituye una forma pastoril muy desarrollada y tan necesitada de inversión que sólo resulta posible en sistemas económicos que, superada la mera subsistencia, admiten una cierta demanda especulativa; también parece necesitar de un marco legal y gubernativo capaz de garantizar y regular la compleja movilidad del ganado<sup>32</sup>.

Ciertamente hay datos que confirman que una industria de estas características existió en la Antigüedad. En Grecia, unos versos de *Oedipus Rex* narran el encuentro veraniego de dos pastores en las praderas del monte Citerón, mientras que un famoso pasaje de Dión Crisóstomo refiere la situación, en época de Domiciano, de dos pastores que al morir quien les daba trabajo invernal en la llanura, se ven obligados a vivir todo el año en la sierra.<sup>33</sup> En Italia, en los años inmediatos al cambio de Era, Varrón testimonia fehacientemente cómo sus rebaños

---

<sup>30</sup> Vid. *supra* nota 5. Sobre la *new orthodoxy*, vid. K. Greene, *The Archaeology of Roman Economy* (Berkeley 1986), 14-16.

<sup>31</sup> M. Ponsich, *Implantation rurale antique sur le Bas-Guadalquivir* (París 1974-); S. Keay, "The *ager Tarraconensis*", en G. Barker-J. Lloyd (edd.), *Roman Landscapes. Archaeological survey in the Mediterranean region* (Londres 1991), 79-87.

<sup>32</sup> A Fribourg, La transhumance en Espagne, *Annales de Géographie* (15 de Mayo de 1910) 231-44. E. H. Carrier, *Water and Grass. A Study in the Pastoral Economy of Southern Europe* (Londres 1932), 6-7 y C.D. Smith, *Western Mediterranean Europe* (Londres 1979), 239-56

<sup>33</sup> Soph., *OT* 1121 y ss.; Dio Chrys. *Or.* 7. Vid. S. Georgoudi, Quelques problèmes de la transhumance dans la Grèce ancienne, *REG* 87 (1974), 155-85.

trashumaban entre los agostaderos reatinos y los pastos invernales de Apulia y sus contertulios tenían intereses parecidos en el Epiro y otros lugares del Orbe<sup>34</sup>; a tenor de la llamada *lex agraria epigraphica*, la práctica llevaba en vigor al menos dos siglos y, en época de Marco Aurelio, la inscripción de la *porta Boiano*, en Sepino, refleja que el sistema pastoril estaba tan regulado y supervisado como más tarde lo fue la *Dogana* o la Mesta<sup>35</sup>. Evidencia similar, en verdad menos abundante y conclusiva, existe en otros lugares del Mediterráneo: en el Sur de Francia, el tomillo de las altipalnicies calizas de la Crau atraía todos los años grandes rebaños<sup>36</sup>; en los *poljes* dálmatas, pastores de otros lugares se aseguraban, mediante acuerdos, el acceso a los escasos manantiales que existían en las zonas de pastos<sup>37</sup>; en Lycia, la compleja reglamentación de un festival cuadrienal en Oenanda revela como hasta 35 aldeas dependían de esta pequeña ciudad, un dato que el editor de tan interesante documento interpreta como núcleos de ocupación estacional para aprovechar los pastos estivales, el equivalente de la modernas *yaylas* anatólicas<sup>38</sup>; en el Wallis suizo, en fin, el hallazgo de cuatro altares — uno consagrado a los *Pastores*, los otros tres a *Diana*,

<sup>34</sup> Varro, *r.r.* ii *passim*; vid. E. Frezouls, "Remarques relatives à des domaines d'amis de Varron", *REL* 36 (1958) 33-34; cf. A. Grenier, "La transhumance des troupeaux en Italie et son rôle dans l'histoire romaine", *Mél. d'arch. et d'hist. de l'Ecole Française de Rome*, 1905, 307-12; J.E. Skydsgaard, Transhumance in Ancient Italy, *ARID* 7 (1974) 7-36; M. Pasquinucci, "La transumanza nell'Italia romana", en E. Gabba y M. Pasquinucci, *Strutture agrarie e allevamento transumante nell'Italia romana (III-I sec. a.C.)* (Pisa 1979), 79-182; J.M. Frayn, *Sheep-rearing and the Wool Trade in Italy* (Liverpool 1984), 45-66.

<sup>35</sup> *Lex agraria*: CIL I<sup>2</sup> 585 = Bruns, *Fontes*<sup>7</sup>, 11 = Riccobono, *FIRA* i, 8 = K. Johannsen, *Die Lex agraria des Jahres 111 v. Ch. Text und Kommentar* (München 1971); traducción francesa en J. Granet, "La loi agrarie épigraphique de 111", *Pallas* 35 (1989) 125-40. Cf. F.T. Hinrichs, "Die Lex agraria des Jahres 111 v. Ch. in Zeit", *Sav.Stif.* (1966) 252-283; H.B. Matingly, "The Agrarian Law of the Tabula Bambina", *Latomus*, (1971), 281-3; J. Granet, "La Loi Agraire de 111 et l'élevage", *Pallas* 35 (1989), 141-54.

*Saepinum*: CIL ix 2438 = Bruns, *Fontes*<sup>7</sup> 71 = Riccobono, *FIRA* i, 61; una lectura revisada en U. Laffi, "L'iscrizione di Sepino (CIL, IX, 2438) relativa ai contrasti fra le autorità municipali e i conduttori delle greggi imperiali con l'intervento dei Prefetti del Pretorio", *SCO* 14 (1965) 177-20; cf. M. Corbier, "*Fiscus and Patrimonium*. The Saepinum Inscription and Transhumance in the Abruzzi", *JRS* 73 (1983), 126-131

<sup>36</sup> Plin., *NH* xxi 57 (cf. Str. iv 1.6); vid. C. Goudineau, "Le pastoralisme en Gaule", en C.R. Whitaker (ed.), *cit. supra* (nota 13), 160-70; D.S. Geddes, "Neolithic Transhumance in the Mediterranean Pyrenees", *World Archaeology* 15 (1983) 51-66.

<sup>37</sup> CIL III p. 2328<sup>71</sup> (= J. Wilkes, "Boundary stones in Roman Dalmatia, I. The Inscriptions", *Arheoloski Vestnik* 25 (1974), 258-9) y vid. J. Sasel, "Pastorizia e transumanza. Contributo a la discussione", *RSA* 10 (1980), 181-2.

<sup>38</sup> *SEG* xxxviii, (1988) 1462 (= traducción S. Mitchell, *JRS* 80 (1990), 183-7); vid. M. Wörrle, *Stadt und Fest im kaiserzeitlichen Kleinasien* (München 1988). Cf. con la situación descrita por U. Espinosa—L.M. Usero, "Eine Hirtenkultur im Umbruch. Untersuchungen zu einer Gruppe von Inschriften aus dem conventus Caesar-Augustanus (Hispania Citerior)", *Chiron* 18 (1988), 477-504.

*Mercurius, Silvanus* — posiblemente indica un temprano *alpage*<sup>39</sup>.

Curiosamente faltan datos comparables en la tierra que vió crecer el arquetipo de sistema pastoril organizado, el Honrado Concejo de la Mesta. Esto, sin embargo, no ha sido óbice para que muchos crean que el comienzo de las prácticas trashumantes en la Península se remonta a época romana o antes<sup>40</sup>; la justificación de este axioma se busca diversamente en la extrapolación de las prácticas de otros lugares del Mediterráneo, en la imagen de Hispania dada por los autores clásicos, en la evidencia arqueológica y en los argumentos ofrecidos por la ciencia geográfica del pasado siglo, que entendió la trashumancia casi como un rasgo del clima mediterráneo, tan esencial a estas tierras como los suelos rojos o la peculiar actividad de los centros de acción atmosférica<sup>41</sup>.

A tenor de lo dicho anteriormente, es evidente que no debe prestarse crédito indiscriminado al testimonio de los autores clásicos; es más, una lectura cuidadosa de las fuentes puede servir para decidir precisamente lo contrario, a saber, que la trashumancia fue desconocida en Hispania romana: ¿de qué otro modo puede interpretarse el silencio al respecto de Columella?. No cabe recurrir a la disculpa de que el célebre escritor gaditano olvidase el tema o ignorase el negocio pecuario ya que sus libros contienen la única referencia a la selección de especies legada por la Antigüedad: cómo precisamente un tío suyo importó carneros africanos para mejorar la lana de sus rebaños<sup>42</sup>. Por otro lado, la aportación de los datos arqueológicos, sean éstos ciertas figuraciones animales o la distribución de determinados objetos a lo largo de las rutas tradicionalmente tenidas por pastoriles, resultan más ambiguos de lo que a primera vista parecen y la argumentación es frecuentemente circular, porque la trashumancia es la causa de los mismos fenómenos que otras veces se tienen por consecuencia<sup>43</sup>. Final-

<sup>39</sup> *AE* 1966, 272-5; vid. R. Frei-Stolba, "Viehzucht, Alpwirtschaft, Transhumanz: Bemerkungen zu Problemen der Wirtschaft in der Schweiz zur römischen Zeit", en C.R. Whitaker (ed.), *cit. supra* (nota 13), 143-159.

<sup>40</sup> J. Gómez-Pantoja, "Antes de la Mesta: ¿trashumancia en Hispania romana?", en *Actas del Congreso Internacional de Caminería hispánica (Pastrana 1992)* (en prensa).

<sup>41</sup> Un ejemplo clásico del uso de la trashumancia como constante histórica en F. Braudel, *op. cit. supra* (nota 12). La aplicación de esta idea a la Península ibérica en A. Cabo, "Condicionamientos geográficos", en M. Artola, *Historia de España Alfaguara*, vol. i (Madrid 1976), 151.

<sup>42</sup> *Col., Rust.* vii.2.4; este detalle, de gran fuerza retórica, fue notado por M.J. Walker, "Laying a mega-myth: Dolmens and Drovers in Prehistoric Spain", *World Archaeology* 15 (1983), 37 y ss.

<sup>43</sup> Vid. G. Aparicio, "De etnología ovina. El merino. A propósito de dos testas de camero esculpadas en sarcófagos romanos de Córdoba", *Archivos de Zootecnia* 76 (1970) 124 y ss.; E. Laguna, *Historia del merino* (Madrid 1986), 55-59 (sobre una figurita de bronce encontrada también en Córdoba y que el autor considera la primera representación de un merino); vid. V. Paredes Guillen, *Historia de los foramontanos celibéricos* (Plasencia 1888), sobre los verracos como indicadores de rutas pastoriles; la idea ha sido retomada con variantes por M. Ruiz Galvez-E. Galán, "Las estelas del Suroeste como hitos de vías ganaderas y rutas comerciales", *Trabajos de Prehistoria* 48 (1991) 257-73.

mente, la idea de que esta forma de granjería pastoril es consustancial al clima y a las formas de vida mediterráneas está últimamente de capa caída debido a una mejor comprensión de la compleja interrelación de los fenómenos agrícolas<sup>44</sup>. Se ha producido así un curioso giro copernicano en la historiografía que ahora considera que la praxis descrita por Varrón era más la excepción que la regla<sup>45</sup>.

Como sucede frecuentemente en el mundo de las ideas, hay un fuerte radicalismo en este tipo de cambios y la afirmación de una postura exige la negación absoluta de su antítesis. Por ello, aún considerando las múltiples inadecuaciones de las fuentes y la ambigüedad del resto de la documentación disponible, me sigue pareciendo que admitir la existencia de una *grande transhumance* en Hispania romana es un modelo que ofrece mayor comprensión de ciertos fenómenos que la tesis opuesta.

Desgraciadamente, la arqueología de este país no ha desarrollado la metodología necesaria para documentar la industria que nos interesa o, al menos, los intentos que se han hecho en este sentido, se aplican generalmente a períodos donde, paradójicamente, la documentación escrita que pudiera avalar o confirmar cualquier resultado es nula o escasa<sup>46</sup>. Necesitaríamos en los próximos años que los restos oseos se interrogasen de modo distinto al mero recuento de especies: hay que determinar el momento de la matanza de ovejas y vacuno para saber cuál fue aprovechamiento alimenticio y económico<sup>47</sup>. Nótese también que las grandes dehesas de pastos de la Península (Tras-os-montes, la Siberia extremeña, la Alcuía, las tierras de Alcantara), coinciden con zonas metalogénicas y cotos mineros; en muchas ocasiones, se trata de metales y oligoelementos capaces de fijarse en los huesos de cuantas especies hayan pastado allí: ¿no sería posible, determinar la concentración de esos elementos en los restos oseos de un yacimiento: si tienen una concentración anómala de mercurio, posible-

---

<sup>44</sup> J. Lewthwaite, *Plains Tails from the Hills: Transhumance in Mediterranean Archaeology*, en A. Sheridan- G. Bailey (edd.), *Economic Archaeology. Towards an Integration of Ecological and Social Approaches*, Oxford 1981 (BAR Int'l Series 96), pp. 57-66; cf. las posturas antagónicas sobre el papel del ganado en Grecia de S. Hodkinson, "Animal Husbandry in the Greek Polis" y J.E. Skydsgaard, "Transhumance in Ancient Greece", ambos en C.R. Whittaker, *cit. supra* (nota 13), 35-74 y 75-86, respectivamente.

<sup>45</sup> P. Gamsey, "Mountain Economies in Southern Europe. Thoughts on the Early History, Continuity and Individuality of Mediterranean Upland Pastoralism", en C.R. Whittaker, *cit. supra* (nota 13), 196-200; P.L.J. Halstead, *Tradicional and Ancient Rural Economies in Mediterranean Europe: Plus ça change?*, *JHS* 107, 1987, pp. 77-87.

<sup>46</sup> G. Barker, "The archeology of the Italian shepherd" *Trans. Cambridge Phil. Soc.* 215 (1989) 1-19; *id.* *Possiamo riconoscere la transumanza nelle testimonianze archeologiche?*, en *Atti Giornate Internazionale di studio sulla transumanza (L'Aquila-Foggia 1984)* (L'Aquila 1990), 39-51.

<sup>47</sup> Vid. J.-D. Vigne, "The meat and offal (MOW) method and the relative proportion of ovicaprines in some ancient meat diet of the NW. Mediterranean", *RSL* 67 (1991), 17-42

mente sea indicación de que pastaron fuera de su area y que pasaron temporadas en la Alcudia.

Pero la evidencia de trashumancia antigua en la Península está posiblemente también en las fuentes clásicas, que deben examinarse teniendo en cuenta los prejuicios a los que antes se ha aludido. Tómese, por ejemplo, el temprano episodio de 193 en que M. Fulvio Nobilior se enfrenta en las proximidades de Toledo a una coalición de vettones, vacceos y celtíberos (Liv. xxxv 7). La noticia no explica los antecedentes de la disputa ni el aglutinante de la coalición, pero es claro que lo que estaba en juego era el control del Tajo. Que el general romano tratara de hacerse con el paso entre las dos mesetas, un punto crítico para los ganados cañariegos peninsulares, no es una suposición aventurada si se considera que por esos mismos años, en Italia se estaba tratando de regular y aprovechar fiscalmente la actividad pastoril y el mismo Livio informa de las sustanciosas multas impuestas a unos anónimos *pecuarii* en 196 y en 193<sup>48</sup>. Si esta interpretación es correcta, el bando indígena, compuesto por habitantes de ambas vertientes del Sistema Central, se aliaron contra la disrupción de las prácticas tradicionales: unos, lo más norteños, defendían los pastos invernales de sus ganados y, otros, los ribereños del Tajo, los ingresos que el tránsito debía reportarles.

Otro caso digno de consideración es un desgraciado accidente sufrido por una señora de postín en el Bierzo o sus alrededores; según una fuente hagiográfica tardía, la matrona Teodora y su sequito se vieron atropellados por una estampida de reses mientras hacían camino buscando a san Valerio. Como el siniestro ocurrió *propinquante vindemiae tempore*, lo lógico es situarlo a comienzos de la migración anual que conducía el ganado hacia la internada en los pastos meridionales, sobre todo si se considera otra noticia, esta vez de la *Vita Fructuosi* 2, que narra las visitas del padre del ese santo a los muchos rebaños que tenía por la región<sup>49</sup>.

Por otro lado, una olvidada inscripción conservada en el Museo de Granada (CIL ii 5510), que he comentado en un artículo reciente, es probablemente el único vestigio conservado de un rescripto de Domiciano estableciendo los límites de un *callis publicus*; este interesante documento abre nuevas perspec-

<sup>48</sup> Liv. xxxiii 42.10 y xxxv 10, 12; cf. el testimonio paralelo de Fest. p. 238 M (p. 276 L) s.v. *Publicius clivus*; referido al 241. Vid. C. Trappennard, *L'ager scripturarius. Contribution à l'histoire de la propriété collective*, París 1908, *passim*; Cl. Nicolet, *Tributum. Recherches sur la fiscalité directe sous la république romaine*, Bonn 1976, pp.79-86; P. Botteri, "Pecuarii et scripturarii", *REL* 55 (1977) 313-24.

<sup>49</sup> Val., *Repl.* 3 (ed. C.M. Aherne, *Valerio of Bierzo* (Washington 1943); M. Díaz y Díaz, *La Vida de San Fructuoso de Braga*, Braga 1974. Agradezco a L.A. García Moreno que llamase mi atención sobre este dato, sobre el cual debe verse su "La tecnología rural en España durante la Antigüedad tardía", *MHA* 3 (1979), 217-37.

tivas sobre la ganadería romana en la Península. Pero las menciones directas a pastores y sus ganados no abundan, como cualquiera que haya manejado los índices de CIL ii habrá tenido oportunidad de comprobar. Aún así, las inscripciones ofrecen una mina de dato y en un trabajo de hace unos años, traté de mostrar cómo los emigrantes clunienses y uxamenses documentados en lápidas de diversos lugares de Hispania se explican mejor por razones de industria pastoril que como trabajadores mineros, que era la etiología más comúnmente atribuida a este fenómeno. A mi juicio, la trashumancia justificaría tanto la abundante presencia de esos personajes en Capara, Segovia, Avila y Segobriga, que son lugares sin explotaciones mineras como su corriente aparición en los cotos metalogénicos explotados en la Antigüedad (Trás-os-Montes, el curso medio del Tajo, Sierra Morena): no en vano esas zonas coinciden también con las dehesas de pastos tradicionales<sup>50</sup>.

Hace sesenta años, Loeschke, a partir de una miscelánea documentación literaria, epigráfica y arqueológica, fue capaz de presentar un panorama coherente de la producción vinícola romana en Treveris y sus alrededores, a pesar de que el área nunca mereció la atención de ninguno de los escritores agrícolas clásicos<sup>51</sup>. *Mutatis mutandis*, estoy convencido que la estrategia de relectura e interpretación que he señalado antes nos permitirá, en un futuro no muy lejano, afirmar la práctica de la trashumancia en Hispania romana y precisar su extensión e importancia económica; no en vano, el romance peninsular convirtió algo originariamente tan rústico y azagadero como los *calles* en la quintaesencia de lo urbano<sup>52</sup>.

---

<sup>50</sup> J. Gómez-Pantoja, "Clunienses por el mundo", en *Homenaje al Prof. Blázquez* (Madrid, en prensa desde 1990); "Pastores y trashumantes de Hispania" en J. Burillo (ed.), *Actas del III Coloquio sobre los Celíberos* (Daroca 1991) (en prensa), con la bibliografía citada.

<sup>51</sup> S. Loeschke, "Römische Denkmäler vom Weinbau an Mosel, Saar und Ruwer", *TZ* 7 (1932) 1-60.

<sup>52</sup> La ejemplificación material de este curioso hecho lingüístico la constituyen los bernes cabañiles existentes todavía junto a la Puerta de Alcalá, a dos pasos de la zona más *chic* y urbana de Madrid, las calles de Serrano y Velázquez. Nótese igualmente que sólo en otras dos lenguas romances, el italiano y el rumano, se ha operado la mutación del significado de *callis* en *via* (it. *calle* y rum. *calea*). Es sobradamente conocida la importancia, hasta épocas recientes, de la trahumancia en Italia; para los Carpatos, vid. E. de Martonne, "La vie pastorale et la transhumance dans les Karpathes méridionales; leur importance géographique et historique", *Zu Fr. Ratzels Gedächtnis* (Liepzig 1904) 225-45.